6338

ENRIQUE GARCÍA ÁLVAREZ
y PEDRO MUÑOZ SECA

La locura de Madrid

JUGUETE COMICO

EN DOS ACTOS, ORIGINAL

Copyright, by E. García Alvarez y P. Muñoz Seca, 1917

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

1917

4

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/lalocurademadrid2094garc

LA LOCURA DE MADRID

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA LOCURA DE MADRID

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS

original de

ENRIQUE GARCÍA ALVAREZ y PEDRO MUÑOZ SECA

Estrenado en el TEATRO LARA de Madrid, la noche del 17 de Febrero de 1917

MADRID

R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 11, dup.°

TELÉFONO, NUMERO 551

1917

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
SIMONA	Srta. Alba.
ROBERTA	Sra. Lasheras.
PATRICIA	Illescas.
DEMETRIA	Srta. Herrero.
BIBIANA	Ponce de León.
FAUSTO	Sr. Thuillier.
GARRAFA	Isbert.
OREJÓN	Mora (S.)
BIENVENIDO	Sánchez Ariño.
CUESTA	Manrique.
MORENO	Balaguer.
CONEJO	Peña.
CHAPA	Pacheco.
RAMOS	Gómez.
ESCALERA	Mora (J.)

Para Emilio Thuillier

Querido Emilio: El día 11 de Marzo nos encontramos a un señor de Soria que nos preguntó de buenas a primeras:

—Caramba, ustedes que son autores; ¿saben cómo se llama ese actor de Lara que ayer sábado hizo por la tarde «La locura de Madrid» y por la noche el «Juan José»?

—Pues se llama nada menos que D. Emilio Thuillier.

—Señores, que tío—prosiguió el de Soria—por la tarde me hizo echar los hígados de tanto como me reí y por la noche me faltó el canto de una criada para que se me paralizase el corazón. Si lo ven ustedes díganle de parte de Gómez que no hay derecho a tanta gracia ni a tanto verismo.

—Conque ya lo sabes, querido Emilio.

Te abrazan

Enrique y Perico.

612188

ACTO PRIMERO

Habitación bonitísima y amueblada con suma elegancia, en casa de Don Fausto Madrid. Dos puertas en cada lateral. La que sirve de entrada, a la izquierda, primer término. En el foro un balcón con cristaleras. Es de noche. Época actual. La acción en Madrid, en el mes de Mayo.

—

(Están en escena SIMONA y ROBERTA, dos señoras de cuarenta y tantos años muy elegantes. Roberta en plan de visita. Simona, la dueña de la casa, es una señora muy nerviosa, algo neurasténica. Al levantarse el telón reprime unos sollozos que más bien parecen un agudísimo hipo.)

Rob. Vamos, Simona, tranquilízate. No debes permitir que los nervios te dominen de ese modo. El doctor tiene muchísima razón. Todo eso que padeces no es más que un poco de neurastenia.

Sim. Si estoy conforme, Roberta; pero es horroroso lo que me ocurre. Cuanto yo te diga es de un pálido luna casi indistiguible. Hay días que mi cerebro es una película proyectada a todo voltio y ni aun durante la noche sosiega mi espíritu, porque apenas mis párpados ocultan a mis niñas me asaltan unas pesadillas que no tienes idea.

Rob. ¿Lo estás viendo?

Sim. Y lo más terrible es que me ha dado por tener unos celos de mi marido que no puedo vivir.

amigo Fausto, que llevo tres cuartos de hora delante de tí y unas veces porque te da el hipo, otras porque te levantas a escuchar y otras porque te pones la mano sobre el corazón y me dices «se me va a hacer cisco», no me has explicado aún la causa de ese nerviosismo que padeces. ¿Es que también tú estás neurasténico?

Faus. ¡Ojalá!

Bien. Bueno, en serio, querido Fausto, o tú me explicas la causa de tu sobresalto o no vuelves a verme el pelo de la ropa.

Faus. Tienes razón. Verás. Yo llevo diez y seis años de casado; mi mujer tiene cuarenta y dos, yo cuarenta y nueve y de cuarenta y nueve llevo quince...

Bien. ¿Cómo quince?

Faus. Llevo quince siendo una modelo de fidelidad.

Bien. Me consta. ¿Sabes como te llama mi mujer? San Tranquilino, mártir en el Anfiteatro romano.

Faus. Chico, que cosa más larga me ha puesto.

Bien. Sí; ella es algo ampulosa.

Faus. (Tras un suspiro.) Pues hoy puede quitarme el Tranquilino y el romano y el mártir, y si gusta puede dejárme en el Anfiteatro, en clase de fiera, que no me iré; porque hoy, amigo Bienvenido, soy un abyecto, un trapisondista, un ente despreciable.

Bien. ¿Tú?

Faus. Escucha y espántate. Hace cuatro meses conocí en el Colonial a un sujeto apellidado Calahorra que, vamos, le ví y me dije: este debe ser el que pasa el cepillo a los fieles en San José». Todo afeitado, modesto en el vestir y con una de esas caras de tristeza que dan lástima.

Bien. ¿Y qué?

Faus. Nada, que entabló conversación conmigo, y que si usted conoce la catedral de Burgos, que si ha estado usted en la Seo, si reza usted al acostarse; vaya, que yo pensé, este es de los que van al cielo derechitos. Le pagué un entrecote que se había comido, y salimos a la calle dispuestos a dar juntos un

paseo. ¡Chico, qué hombre! Se sabía de memoria los nombres de todos los papas y papisas que ha habido y me contó la vida de San Francisco el Grande de un modo que si me coge a los veinte años, hoy día voy por Madrid con cerquillo, hábito de estameña y enseñando los juanetes.

Bien. ¡Qué tío! Continúa, que me interesa.

Faus. Bueno, pues nos sentamos un rato en Recoletos y va y me dice: «amigo Madrid, he simpatizado con usted porque es usted cristiano». «En efecto, le dije yo. Todos los domingos oigo Misa de nueve en San Ginés». «Entonces será usted aficionado a imágenes antiguas ¿no? ¡Hombre!... Se lo pregunto porque una prima mía tiene un San Roque del siglo trece que es una maravilla». Bueno, y a qué cansarte: al día siguiente iba yo con Calahorra a casa de su prima, una mujer, querido Bienvenido, como para verla y quedarse cataléptico.

Bien. ¿Tan guapa era?

Faus. ¿Cómo guapa? La Venus de Milo a su lado es don Amós Salvador. Yo, no te lo niego, al ser presentado a ella quedé mudo de espantò, quise balbucir un tantísimo gusto y sólo se escapó de mi apergaminada garganta un sonido gutural y, asómbrate, ella clavó en mí con insistencia sus ojos mahometanos y elevándolos luego hacia la altura con mística unción, murmuró como un rezo «¡qué tío tan castizo!»

Bien. ¡Mi madre!

Faus. Sí, amigo del alma. Cupido cegato había disparado al mismo tiempo dos flechas.

Bien. Nada, que os enamorasteis como Claudia y Casildo.

Faus. No recuerdo a esos célebres amantes.

Bien. No, si Claudia es una cuñada mía y Casildo un sevillano fabricante de toldos, que tiene muy buena sombra y que están enamorados de un modo que llevan casados once años y pásmate, de la vajilla que les regalamos el día de la boda, tienen todavía una salsera y un plato de postre.

Faus. Pues me río de Romeo y Julieta.

Bien. Escucha; ¿y sigues enamorado?

Faus. Como un loco, querido Bienvenido; un amor platónico, estúpido si quieres, pero un amor que constituye mi vida.

Bien. ¿Y dónde vive tu ensueño?

Faus. Aquí mismo; en el piso de arriba.

Bien. ¡Pero Fausto!

Faus. Te parece una temeridad ¿no? Pues es todo lo contrario. Antes, cuando Clara, porque así se llama, vivía en la calle del Turco, cada vez que entraba yo en su casa me costaba hora y media de sobresaltos. ¿Me verán? ¿No me verán? Un martirio, chico; pero ahora, figúrate: salgo de casa, doy la vuelta a la manzana, vuelvo a entrar y a nadie le choca.

Bien. ¡Claro! Y escucha, ¿la ves diariamente?

Faus. Todas las noches, a las diez.

Bien. ¿Y cómo justificas tus salidas nocturnas?

Faus. De un modo que no se le hubiera ocurrido a Conan Doyle

Bien. Me intrigas.

Faus. Pues verás. Como yo tengo nociones de francés, le he dicho a mi mujer que he fundado una academia de noruego.

Bien. ¡Carambola!

Faus. Yo supe casualmente que en la calle de la Esperancilla, 15 y 17, existía un centro de la juventud madura republicana, donde entraba y salía mucha gente y me dije: «esa es mi academia». He hecho creer a Simona que es una gran academia de lenguas cuya instalación me ha costado un pico y que tengo catorce alumnos a los que estoy enseñando noruego.

Bien. ¡Que bárbaro!

Faus. Ha sido una gran ocurrencia, porque cada vez que Clarita desea verme, me manda un recado diciéndome que se llegue don Fausto a la academia en el acto, que tiene que resolver un conflicto.

Bien. Escucha; ¿y no se le ha ocurrido a tu mujer ir una noche a buscarte o mandarte alguna razón?

Faus. Pero ¿por qué crees tú que tengo el corazón que se me hace cisco, Bienvenido? Pues por

eso; porque el día que descubra que lo de la academia es una bola, figúrate.

Bien. Ya lo creo, y con lo neurasténica que está se volvería loca, Fausto.

Faus. ¿Crees tú?

Bien. Estoy segurísimo. Ella, ¿es celosa?

Faus. Antes no lo era, pero ahora no sé con quién comparártela. Otelo fué un cánónigo.

Bien. Pues procura que no se entere de nada, porque podrías causarle la muerte.

Faus. ¡Bienvenido!

Bien. O quién sabe si en un acceso, te mataría ella a ti. (Gritos y voces dentro.) ¡Carambola!

Faus. (Llevándose una mano al corazón.) ¡Ya!

Bien. ¿Qué será?

Faus. (Nerviosísimo.) ¡Ya se ha enterado!

(Nuevas voces.)

Bien. ¡Mi madre!

Faus. ¡Ay mi corazón!

Pat. (Por la segunda puerta de la derecha.) Señorito...

Faus. ¡Qué!

Pat. Que la señora se ha quedao rígida mirando a un bodegón del testero donde está el retrato de Savarin y no da señales de vida.

Bien. ¡Carambolas! Vamos, Fausto.

(Vase Patricia.)

Faus. (Casi sin alientos.) No puedo. Mi corazón es una ruleta. Vé tú.

Bien. Pero...

Faus. (Dejándose caer en una butaca.) No puedo. ¡Corre!

Bien. Voy. (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

Faus. (Por el corazón.) Se me va a hacer cisco. ¿Será que se ha enterado?... (Se levanta, se acerca a la segunda puerta de la derecha y escucha.) Bueno, así no es posible vivir. Yo un día amanezco rígido como una tranca. Aquí hay azahar. (Toma de un mueble una botella de azahar y se echa un trago al coleto. Se oye hablar dentro.) ¡Caray!... Aquí vienen... Yo me ahogo.

Rob. (Dentro.) Sí: ya le va pasando. (Entre Roberta y Bienvenido traen a Simona como atontada.) Vamos, Simona.

Bien. Siéntala aquí.

(La sientan.)

Faus. Pero, ¿qué ha sido?

Rob. Nada, que le estaba yo contando lo de la infidelidad de Zugasti y se quedó como paralítica.

Faus. (Llevándose la mano al corazón.) (Se me va a hacer cisco)

Bien. Simona.

Rob. Simoncita

Sim. ¡Ay! Qué.

Rob. ¿Estás ya más tranquila?

Sim. Sí, muchas gracias; ya se me va pasando, pero es que no lo puedo remediar, cuando oigo hablar de la traición de un cónyuge, rompo a sudar frío, se me nublan los ojos y me cataléptico.

Faus. (A Bienvenido.) Háblame de algo.

Rob. Es que hay cada marido sin vergüenza...

Faus. (Como antes.) Háblame de algo.

Bien. De modo, querido Fausto, que siguiendo nuestra conversación, ¿cuántos kilómetros dices tú que hay de aquí a la luna?

Faus. ¿Pero no te lo he dicho cuatro veces?

Bien. Sí, pero no me acuerdo.

Faus. Espera, hombre, espera. Voy por una geografía.

Bien. No, déjalo: ya preguntaré yo mañana en el Ateneo a ver si por casualidad lo sabe alguno.

Faus. (A Simona) ¿Sigues mejor?

Sim. Sí; ya estoy tranquila; pero es que no sabes la mala impresión que me ha hecho lo de Zugasti.

Faus. Bueno, pero ¿qué es lo de Zugasti?

Sim. Casi nada, que al cabo de catorce años de matrimonio se ha enamorado de una odontóloga francesa llamada Madame Molar.

Faus. ¡Caramba con Zugasti!

Rob. ¡Qué hombre!

Faus. ¿Y ella es guapa?

Rob. Quién, ¿la Molar? Una cosa vulgarísima.

Sim. Sí, pero con un gancho que ya pueden colgar de él un camión, que ni oscila.

Faus. ¡Caramba con Zugasti!

Bien. ¿Pero cómo sedujo a ese hombre, que era una especie de catafalco para la sicalipsis?

Sim. Pues ahí verá usted: dicen que fué hace siete meses a empastarse una muela y em-

pezó la odontóloga conque si tiene usted ésta picada, y ésta otra pocha, y éste colmillo con piorrea. Comenzó a ir diariamente a casa de la francesa y al mes y medio ya le aplicaba él la cocaína a los clientes.

Faus. ¡Qué barbaridad!

Rob. Y gastándose con ella una fortuna que es lo peor; porque hasta la ha comprado una pianola para distraer a los pacientes.

Sim. ¡Qué canalla! El detalle que me has contado del angora lo retrata.

Faus. ¿Y qué es ello?

Sim. Que como la francesa adora a los felinos, le llevó Zugasti un ejemplar de angora recién nacido, y él mismo es el encargado de darle el biberón.

Faus. ¡Oh! ¡Qué ridículo!

Sim. Figúrate: como que todo el que va a sacarse una muela, lo primero que ve es a Zugasti con el gatillo en la mano.

Faus. ¡Oh!...

Sim. Y mientras su pobre mujer creyéndole un santo. (Muy nerviosa.) ¡Jesús!... ¡Dios mío!...

Rob. Vamos, cálmate, Simona. No empieces de nuevo.

Sim. Es que me pongo en el caso de la esposa burlada y lo veo todo de color de sangre. (Fausto se lleva una mano al corazón.)

Rob. Vaya, tranquilízate; no te tortures inútilmente. Tú lo que necesitas son distracciones. Mañana vas a ir con nosotros a las carreras de caballos y esta noche, si encontramos ahora localidades para la última de Apolo, vendremos a recogerte.

Sim. Os lo agradeceré, porque como el pobre Fausto no puede llevarme a ninguna parte por causa de la dichosa Academia...

Bien. ¡Claro!

Rob. Pues hasta luego o hasta mañana.

Sim. Adiós, Roberta.

Rob. Y un millón de gracias por este banquete.

Sim. Mujer, por Dios, ¿quieres callar?

Rob. (A Fausto.) De usted me despido hasta mañana, pues aunque volvamos luego, estará usted en su Academia.

Faus. Sí: son catorce alumnos y me ocupan mucho tiempo. Adiós, Roberta.

Bien. Hasta luego, Simona. Adiós, Faustillo.

Faus. Adiós.

Rob. No nos hagais cumplidos. ¡Por Dios!

(Se van Roberta y Bienvenido por la primera puerta de la izquierda.)

Faus. Chica, creí que no se iban nunca y estaba inquieto, porque no me gusta caer en falta, (Consulta el reloj.) Digo; las nueve y media.

Sim. Mira, Fausto; yo creo que has tomado lo de la Academia con un entusiasmo que te va a perjudicar. Llevas un mes de un aperreo, que vamos, te encuentro más delgado y más ojeroso, y por las noches sueñas.

Faus. ¿Que yo sueño?

Sim. Sí; dices palabras incoherentes. La otra noche decías: Calahorra, Calahorra.

Faus. ¡Ah! Sí: una palabra que parece española, pero es noruega.

Sim. ¿Qué significa en castellano?

Faus. Pimiento.

Sim. También el lunes estuviste un rato diciendo: Clarichi, Clarichi.

Faus. ¿Decía yo Clarichi?

Sim. Sí; ¿también eso es noruego?

Faus. Completamente noruego. Es un verbo.

Sim. Yo creí que era una persona.

Faus. Y una persona es: la primera persona del singular del indicativo del... Chica, que es tardísimo. Son catorce alumnos, y, vamos, tengo que dar ejemplo. Ea; adiós: hasta después.

Sim. Adiós, Fausto.

Faus. Adiós, querube. (Se va por la izquierda primera puerta.)

Sim. ¡Pobrecillo! Es bueno como una mantecada de Astorga. Soy muy injusta con él, pero no puedo dominar estos dichosos nervios, que los tengo tirantes como bordones. Le despediré, porque el pobre no dobla la esquina hasta que no le digo adiós con la mano. (Abre el balcón del foro y se asoma.) Ya sale. Adiós. Anda, vete. Sí, ahora me retiro. Tú primero. Adiós. (Cerrando el balcón.) Nada, tengo que retirarme yo primero, porque si

nó no se marcha. (Suspira.) Pobrecillo, me idolatra. Soy una Borgia al dudar de él. (Hace sonar un timbre.)

Pat. (Por la derecha segunda puerta.) ¿Llamaba la señora?

Sim. ¿Han traído los periódicos?

Pat. Sí, señora.

Sim. Démelos, porque estoy intrigadísima con los folletines. (Vase Patricia.) No sé cuál me gusta más, si «La nieta del Conde Haroldo», que publica *El Heraldo,* o ese otro, «El correo de las Once», que trae *La Correspondencia.* Este Hanri Berliot, autor de «La nieta del Conde», tiene una imaginación de fogarata, algo atrevido en el fondo, pero en la forma es un esculpidor. Esculpe que filigranea.

Pat. (Dándole los periódicos.) ¡Pobre Margarita Porties!

Sim. Qué, Patricia, ¿los ha leído usted ya?

Pat. Sí, señora.

Sim. Y qué, ¿se la lleva por fin Leonardo Clarié?

Pat. Sí, señora.

Sim. Qué estúpida. Pero, ¿cómo no ha comprendido que Clarié mató a su padre a bordo del Mari-Brisar?

Pat. Ya usted lo ve: tontas que somos las mujeres.

(Timbre dentro.)

Sim. Caramba, han llamado.

Pat. Sí, señora.

Sim. Qué extraño. Acaso algo que ha olvidado el señor. Se habrá marchado sin perfumarse el pañuelo. Dice que en la Academia hay un olor tan desagradable... Abra usted. (Vase Patricia.) Tomaré un poco de azahar, porque lo de Zugasti, me ha dejado descentradísima. (Toma un poco de azahar y se deja cerca la botella y el vaso.)

Pat. (Por la primera puerta de la izquierda, con una tarjeta en la mano.) Señora, este caballero que desea verla urgentemente.

Sim. ¿A mí? ¿A ver? (Lee.) «Gonzalo Garrafa, jefe de comparsas del Teatro Real.» No tengo ni idea. ¿No vendrá equivocado?

Pat. Ha preguntado por la señora.

Sim. Bien, pues dígale que en ausencias de mi marido no recibo a nadie, y menos a estas horas; que vuelva mañana a las cuatro. (Vase Patricia.) Gonzalo Garrafa... ¡Bah! Algún sablista que aprovecha la ausencia de Faustín para un asalto (Se dispone a leer.)

Pat. Señora, dice que necesita hablar con usted, y hora mismo, de un asunto muy grave.

Sim. Pues dígale que de ninguna manera, ¿lo oye usted bien? De ninguna manera.

Gar. (Deteniéndose en el umbral de la primera puerta de la izquierda.) Es indispensable.

Sim. (Enérgica.) ¿Eh? ¿Qué significa esto de penetrar en mi casa sin mi permiso?

Gar. Gran señora, no me arrodillo para implorar diez mil perdones, por no estropear la moqueta, pero me curvo hasta dañarme el esófago en señal de respetuosísima consideración. (Hace una reverencia como si se fuera a doblar. Este Garrafa es un punto como de cuarenta años, más simpático que un billete de mil pesetas. Sabe llevar la ropa, pero la que él lleva deja bastante que desear.)

Sim. Caballero, menos servilismo y tenga la amabilidad de ausentarse.

Gar. Sin exponer el objeto de mi visita, jamás. Yo vengo, señora, a delatar una traición.

Sim. ¿Eh?

Gar. No la delato de golpe y porrazo porque ignoro si es usted cardíaca o tranquila, pero iremos por partes como en el Quijote.

Sim. Caballero, yo le suplico...

Gar. No se moleste, señora: vengo dispuesto a desembuchar y desembucho: soy cabezudo como un gigante. No abrigue temor alguno con respecto a mis intenciones; está usted acompañada y además le habla un perfecto caballero.

Sim. Pues bien, sea breve; se lo suplico.

Gar. Con toda su venia. ¿Puedo hundir los muelles de esta butaca canóniga?

Sim. Húndalos usted.

Gar. (Sentándose.) El caos de la comodidad.

Sim. No se aleje usted, Patricia.

Gar. Señora, dos preguntas. ¿Ama usted a su esposo?

Sim. Con toda mi alma.

Gar. ¿Y cree usted en su fidelidad?

Sim. Ciegamente.

Gar. Pues le voy a dar a usted la noche.

Sim. ¿Eh? ¿Pero se trata de mi marido? ¡Dios mío! (Se sirve un poco de azahar.)

Gar. Señora, decía Labrochet en la hoja de un almanaque que regalaba el cognac Terry, que la vida es una carretera, que ora tiene baches, ora está lisa, y crea usted que Labrochet no era un tonto.

Sim. Caballero, suprima las imágenes y diga rápidamente lo que sea.

Gar. Pues lo que sea, es, que su marido la engaña con una perfidia de heleno.

Sim. (Levantándose, indignadísima.) Miente usted, caballero, y salga inmediatamente de esta casa si no quiere que le arroje de ella mi servidumbre. (Hace sonar un timbre.)

Pat. No se excite la señora.

Gar. Señora, no pierda la serenidad, porque tengo pruebas como para convencer a un hipopótamo.

Sim. ¡Falso! ¡Falso!

Dem. (Seguida de BIBIANA, por la derecha. Son dos criadas.) ¿Llamaba la señora?

Sim. Pasad.

(Entran y hablan con Patricia.)

Gar. Imploro de la egregia soberana de esta mansión, que no adjetivo de señorial, porque en estos momentos parecería coba, que antes de arrojarme violentamente a la calle por la servidumbre femenina, que es bastante agraciada por cierto, me escuche cuatro minutos.

Sim. ¡Dios mío!

Pat. Beba, señora.

(Simona bebe más azahar.)

Gar. Beba y escúcheme, que no le pesará.

Sim. Hable, sí, pero, ¡ay de usted si miente o calumnia!

Gar. Con toda su venia. Señora y siervas. El señor don Fausto Madrid y Recobedo, hombre probo, educado y simpatiquísmo, engaña a este ángel de bondad, desde hace siete meses, de una manera que indigna. Dice

que tiene una academia de noruego y que se pasa las horas dando clase a catorce bigardos, y lo que da es una de conversación a cierta dama, que hay noches que se bebe cuatro bok de cerveza y se queda con sed.

Sim. ¡Pruebas! ¡Pruebas!

Gar. Llegaremos a ellas, señora.

Sim. ¡Dios mío! (Bebe más azahar.)

Gar. La academia de noruego, señora, es una vil patraña Su marido de usted, se marcha de aquí todas las noches a las nueve y media, ¿verdad?

Sim. Sí, señor.

Gar. Pues a las diez menos veintiuno está en el piso de arriba, donde mora Clarita Luque, una dama que adora a dos hombres, a su marido de usted y a mí, pero más a mí que a su marido de usted, porque yo soy su aman de quer y él es su aman de faltriquer. Creo que es fácil de comprender.

Sim. ¡Dios santo! (Bebe más azahar)

Pat. ¡Ay que ver!

Dem. ¡Lo de siempre!

Bib. Picaos no pagaban.

Sim. Lo que usted dice no es posible, caballero.

Gar. Señora, su infiel esposo está ahora mismo encima de nosotros; si pudiera horadar el techo y echar una plomada me daría en mitad del cráneo; estoy seguro.

Sim. ¡Dios bendito! ¡Fausto infiel! ¡Fausto encenagado! ¡Ah! Cómo me lo decía el corazón. Pero no, ¡no! Pruebas, caballero; pruebas o no respondo de mí.

Gar. Sea. Su esposo de usted vuelve de la academia a la una, ¿no es eso?

Sim. Sí, señor.

Gar. Pues va usted a convencerse de que está en el piso de arriba. Dentro de cinco minutos estará llamando a la puerta.

Sim. Si eso ocurriera...

Gar. Yo soy algo brujo y ocurrirá. ¿Me permite la señora que disponga la magia?

Sim. Disponga lo que guste: quiero salir cuanto antes de esta zozobra

Gar. Muy bien. Abramos el piano. (Abre el piano.) Usted, señora, tendrá la amabilidad de to-

car una polka de Straus, Leo-Fall o Pérez, me es le mismo.

Sim. ¡Oh! ¡Si fuera cierto!...

Gar. Y ustedes, simpatiquísimas domésticas, no tienen otra misión que la de dar voces estentóreas, intercalando las consabidas frases jaleatóreas de «Viva mi niño», «Báilate, cuerpo bueno», etc., etc. Vamos, como si hubiera aquí una bacanal Tito-Liviana.

Pat. ¡Eso!

Dem. Sí.

Gar. Ahora bien, como el pérfido en cuanto escuche la algazara y me vea a mí en el balcón abrazando a Patricia, y usted no se incomode, bajará como un fardo por un tobogán y llamará a la puerta como un loco; cuando oigamos el timbre, usted cierra el piano y finge dormitar, la servidumbre se evapora, abre Patricia como si tal cosa, yo me escondo; usted se limita a observar y cuando se marche, que se marchará, hablaremos. ¿Estamos de acuerdo?

Pat. Sí, señor.

Gar. Pues duro: polka Pérez, y perdone la señora. (Abre el balcón.) Venga usted, Patricia, y disimule que la estreche la cintura, pero es para un descubrimiento.

Sim. ¡Dios mío que no sea verdad! (Toca una polka en el piano Demetria y Bibiana la bailan tarareándola.)

Gar. (A gritos en el balcón.) ¡Ahí los tíos contoneándose! ¡Olé! ¡Hechuras!... ¡Hombre, González, que no está usted solo!... ¡Venga moscate!, Rufino! ¡Bien por don Cleto! Oiga usted, García, no tire las colillas al suelo que ha quemado usted la alfombra. ¡Olé las juerguecitas!... ¡Así!

(Suena dentro un timbre que no para.)

Pat. ¡Que llaman!

Gar. ¡Silencio! (Cerrando el balcón.) Cierre usted usted el piano. (Simona obedece nerviosamente.) Ustedes dos, largo. (Se van Demetria y Bibiana.) Abre, Patricia, finge que estás como adormilada.

Pat. Sí, señor.

Gar. Espera. (A Simona.) Disimule, señora. Refrénese, conténgase. Beba azahar y finja dor-

mir. Tengo un plan de venganza, gigantesco. (A Patricia.) Abre. (Vase Patricia.) Voy a esconderme: conozco el plano de la casa. Discreción. (Se va por la primera puerta de la izquierda.)

Sim. (Bebiendo azahar, nerviosísima.) No sé si podré contenerme. (Fingiendo dormir.) Cómo me palpita el corazón.

(Un momento de pausa y por la primera puerta de la izquierda entra FAUSTO y se detiene en el umbral)

Faus. (Perplejo) ¿Pero es que yo estoy soñando? No; yo no soño, digo sueño. Estoy que no sé lo que me dago, digo dego, dego digo. ¡Caray! se me ponen las vocales donde les da la gana. Mi mujer está dormida y aquí no hay señales de nada. Señor, pero si yo he oído una juerga espantosa y me asomé al balcón y en el balcón había un tío abrazando a una y pidiendo moscatel. Y el piano sonaba, que eso no lo he sonao yo, digo soñado. (Examinándolo todo.) Ni botellas, ni colillas... ¿Estaré yo loco? No me haría maldita la gracia.

Sim. (Simulando despertar.) ¿Eh? ¿Quién? ¡Ah! ¿Tú? ¿Has vuelto ya?

Faus. Sí, pero, no.

Sim. ¿Cómo que no?

Faus. Te diré; es que se me olvidó el tabaco y como el del estanco sabes que no me gusta... Oye, ¿ha venido alguien durante mi ausencia?

Sim. ¿Aquí? Nadie, ¿por qué?

Faus. No; por nada; que creí que... (Pues la pareja del balcón, juraría yo...)

Sim. (¡Miserable!)

Faus. De manera que no ha venido nadie, ¿eh?

Sim. Nadie.

Faus. Escucha, ¿y qué era eso que tocabas al piano que no lo conozco?

Sim. ¿Al piano? ¿Yo? Tú estás loco, Fausto.

Faus. No; si es que... (Caray, es rarísimo.)

Sim. ¿Pero qué te pasa?

Faus. Nada; mareado que vengo. Tú no sabes lo que son catorce alumnos. (Pues señor, no me lo explico. Esto es horrible.) (Se agacha y coge una colilla.)

Sim. ¿Qué buscas?

Faus. (Examinándola.) Es mía (¿Estaré yo loco?)

Sim. Ya no volverás a la academia, ¿verdad?

Faus. Sí; ahora mismo. Tengo aún que dar lección a... a nueve. Escucha ¿se han acostado ya Demetria y Bibiana?

Sim. Seguramente.

Faus. Y ladrones no habrá, ¿verdad?

Sim. Pero qué cosas dices, Fausto...

Faus. No, es que .. Espera. Esos bandidos, cuando menos se piensa...

(Se va por la primera puerta de la derecha.)

Sim. (Estallando.) ¡Ah! Sí, granuja, estaba arriba; era cierto; ¡fuerzas, Dios mío!... (Empina la botella del azahar.) Mi venganza ha de ser monstruosa. (Vuelve a beber.) ¡Horrenda!

Gar. (Saliendo de puntillas por la segunda puerta de la derecha.) ¿Está usted convencida?

Sim. ¡Sí; ah!...

Gar. Calma: ahora hablaremos. Muy suyo.

(Se va de puntillas por la segunda puerta de la izquierda.)

Sim. ¡Oh, Fausto, Fausto! Acibar han de verter tus lagrimales.

Faus. (Saliendo por la segunda puerta de la derecha.) (He visto visiones. ¿Estaré yo loco?) Bueno, hasta luego. No ha venido nadie, ¿verdad?

Sim. Y dale. Acabarás por ponerme nerviosa.

Faus. No; si es que .. Adiós, rica.

Sim. Adiós... millonario.

Faus. Oye, no te asomes a despedirme que llevo mucha prisa: son nueve alumnos... y... Hasta luego. (Haciendo mutis.) Señor, si a juramento me lo tomas... Venga moscatel, Rufino... ¡Olé las juerguecitas!... (Vase haciendo visajes.)

Sim. (Cae llorando sobre una butaca.) ¡Miserable, pérfido, canalla, monstruo!... Era verdad, sí, pero ¡ah! (Como una leona.) Mi venganza ha de dejar memoria.

Gar. (Entra en escena pausadamente.) Perdone la señora que penetre con esta majestad, pero mi triunfo me ha inflado del más legítimo orgullo.

Sim. (Llorando.) ¡Ay, señor Garrafa!

Gar. Desconsolada dama, llore; las lágrimas son

para el humano organismo como el vapor que se escapa por las bruñidas válvulas de las trepidantes locomotoras.

Sim. Tiene usted razón.

Gar. (Me ha salido chopenjuaresco.)

Sim. Pero ahora, caballero, no necesito pensamientos, necesito hortigas.

Gar. También muy bonito.

Sim. Necesito vengarme cruelmente, bárbaramente; ahora mismo.

Gar. Calma, gran señora. Todo en el mundo necesita tiempo Siembra usted garbanzos un lunes y aunque se empeñe Romanones, hasta los tres meses no fructifican los popularísimos gabrieles. Usted se vengará, que para eso he venido yo aquí, porque un servidor, en la venganza de usted, lleva un sesenta por ciento como mínimum.

Sim. ¡Ay, caballero!

Gar. Calma; repose sobre la cómoda meridiana y hablemos como buenos amigos.

Sim. Soy su aliada.

Gar. Ya he visto, bondadosísima señora, que la traición de su esposo le ha sentado a usted como si le hubieran dado en el occipucio con una tranca.

Sim. Mucho más.

Gar. Entonces con un lingote.

Sim. No sé interpretar lo que pasa por mí, caballero.

Gar. Lo comprendo. Pues bien, yo, señora, para justificar ante sus ojos mis deseos de venganza, gemelos a los de usted, le diré los motivos que me impulsan a odiar a su marido. Un servidor que vivía en Madrid peor alimentado que un camaleón, conoció una tarde en el Hipódromo a su actual vecina Clarita Luque, que es una dama bellísima y con un corazón que los Altos Hornos de Bilbao son un calientapies.

Sim. Comprecdido.

Gar. La solté cuatro chirigotas elegantes, la gusté un porción y por la noche me envió una butaca para que la acompañase a la Princesa; butaca que revendí; como era lógico la esperé en el vestíbulo y la dije: «Señorita,

a mí se me manda una localidad para la entrada y un abrigo para la salida, porque yo no tengo pardesús y me acatarro.» Aquello le hizo una gracia frenética y desde entonces y merced a su protección no diré que viva como un Urquijo, pero sí como un jefe de Negociado de cuarta clase. Así llevaba cuatro años hasta que hace seis meses se presentó su marido de usted y aunque Clarita me sigue distinguiendo, yo no puedo permitir que nadie me dispute su corazón, porque yo no tendré dos reales, pero a dignidad no me ganan a mí los comuneros de Castilla.

Sim. De manera que hace seis meses que mi marido...

Gar. La pasa mil quinientas pesetas mensuales para bisutería.

Sim ¡¡Jesús!! (Bebe azahar.) ¡Qué felonía!

Gar. A mí, señora, me resulta mortificante y hasta indigno eso de que esté yo con Clarita, llegue su marido de usted y tenga un servidor que agarrar el flexible y huir por la escalera de servicio, como un miserable.

Sim. Bien, no divague usted y tracemos nuestro plan de venganza.

Gar. El plan lo tengo yo trazado que es una monada. Nada de golpes que pueden traer el escándalo y nada de escándalos que pueden traer golpes. (Se levanta, toma su sombrero y lo enseña a Simona.) ¿Conoce usted este sombrero?

Sim. Sí; es el de Fausto.

Gar. Justamente. Al huir yo esta noche de casa de Clarita, he tomado el sombrero de su esposo de usted y he dejado el mío en el perchero. Era necesario para mi plan que es muy completito.

Sim. Explíquese usted porque ardo en deseos de conocerlo.

Gar. Mi plan, señora mía, es el siguiente. Dentro de un instante repetiremos la pantomima de la juerga para que baje su esposo como una tromba, encuentre aquí el mayor orden y empiece a dudar del equilibrio de sus fa-

cultades mentales. Usted, cariñosísima, se fija en su sombrero: «Este sombrero no es el tuyo, Fausto.» El se queda atónito sin saber qué contestar, pero usted lo saca del atolladero diciéndole que será de algún alumno o profesor de la academia. El, viendo el cielo abierto asentirá como un idiota y entonces usted le dice: «Mira, Faustito, vamos a la academia cambias el sombrero y me enseñas el local, que tengo deseos de visitarlo

Sim. ¿Pero existe la academia de noruego?

Gar. No, señora; en la calle de la Esperancilla, 15 y 17, lo que existe es el Centro de la Juventud madura republicana, al cual tengo la honra de pertenecer; pero ese es mi plan.

Sim. No comprendo.

Gar. Usted me adelanta ahora alguna cantidad a cuenta de la que vaya a darme más tarde y dentro de media hora el salón de actos del Centro en cuestión estará convertido en la academia de noruego de don Fausto Madrid y con breves antecedentes que usted me facilite... son las diez y cuarto, a las once en punto su marido de usted si no está loco le falta el canto de un corista.

Sim. Sí: loco, recluído, encadenado. ¡Ah! ¡Miserable! Mis celos no carecían de fundamento. Por algo lo veía yo a los pies de la Chelito o piropeando a la Argentinita.

Gar. Al grano, señora, que en esta ocasión el grano es un antras.

Sim. Tiene usted razón. Pídame cuantos antecedentes necesite; seré un gramófono.

Gar. ¿Recuerda usted algún detalle que le haya comunicado su esposo con respecto a la academia?

Sim. Sí; aguarde usted. El miércoles... ¡Pero Dios mío, si parece imposible que pueda mentir se de ese modo!... Me dijo el miércoles que un señor de Sigüenza; don Eleuterio Cerrillo, le había escrito diciéndole que le iba a enviar unos jamones en prueba de agradecimiento por lo rápidamente que había aprendido el noruego un hijo suyo.

Gar. (Escribiendo en un cuaderno.) Cerrillo. Sigüenza... jamones... chico... ¿Qué más?

Sim. El me habla mucho de un tal Guijarro, amigo suyo de la niñez a quien ha puesto al frente de la academia, porque es un políglota. (Garrafa escribe.) Dice que conoce nueve idiomas a la perfección, que domina el chino, sabe algo de esquimal y comprende además el canto de las aves.

Gar. ¡Qué prodigio! Lo apuntaré para que no se me olvide. (Escribiendo.) Guijarro... canto... chino. . Muy bien.

Sim. ¡Ay, Fausto, Fausto!

Gar. Lo verá usted muy pronto con camisa de fuerza, señora.

Sim. Sí, venganza; una venganza cruel; cruelísima.

Gar. Aliémosnos para ello estrechamente. Esta es mi mano, gran señora.

Sim. Esta es la mía.

(Se dan la mano.)

Gar. Ahora, señora, sírvase proporcionarme un retrato de don Fausto y ese piquillo...

Sim. Al momento ¿Decía usted que con... mil pesetas?

Gar. ¡Oh! Con mil quinientas pesetas monto yo ahora mismo una academia de noruego, que, vamos, la de Berlitz es la escuela de párvulos de Valdemoro.

Sim. Vuelvo en seguida. (Mutis por la derecha.)

Gar. Bueno, a este don Fausto, le amargo yo la vida para todo lo que le quede de ídem. Porque hay que ver lo que a mí me ha hecho sufrir; que no estoy neurasténico porque tengo un temperamento gracias a Dios que me inyectan un kilo de cafeína y me quedo como si me leyeran el *Quijote* en alemán.

Sim. (Por donde se fué.) Aquí tiene usted: el retrato, uno de mil y otro de quinientas.

Gar. Encantadísimo. (Guarda el retrato y examina los dos billetes.) ¡Este Maura graba de un modo que atontolina! No conocía yo estos pápiros tan... cuantiosos. Bien, pues ahora llame a la servidumbre, repita la polka y vamos al segundo acto de la comedia.

Sim. Sí, señor. (Hace sonar un timbre.) ¡Infame, pér-

fido, canalla! Crea usted, señor Garrafa, que no sé si podré contenerme porque es que me brincan todas las vísceras.

Gar. Azahar, señora.

Sim. (Por la botella) No tiene ya gota. Mandaré despellejar otra botella.

Pat. ¿Señora?

Sim. Pasad.

(Entran PATRICIA, DEMETRIA y BIBIANA.)

Gar. Vamos a repetir el juego de antes, queridas servidoras.

Sim. Deme azahar, Patricia.

(Patricia coloca sobre la mesa otra botella de azahar.)

Gar. Mucha algazara y luego igual silencio. ¡Ah! Yo me marcharé por la escalera de servicio. La señora os gratificará en mi nombre espléndidamente. Polka, señora. Patricia, al balcón y disimule nuevamente. (Abre el balcón.)

Sim. (Abriendo el piano.) Todo lo veo negro; hasta las teclas. (Toca una polka Las criadas vuelven a cantar y a bailar.)

Gar. (En el balcón con Patricia.) ¡Pero, señores, que llevais una hora sin dejarlo! ¿Eh? ¡Rufino! Hombre, que se ha cargado usted un tibor. Sí, cognac: venga cognac ¡Olé! ¡Eso es alegría! ¡Baila usted mejor que Villanueva! ¡Así!

(Timbre dentro que no para.)

Sim. (Cerrando el piano.) ¡El timbre! ¡Idos!

Dem. Sí, señorita.

Bib. ¡Corre! (Se van por la derecha.)

Pat. ¿Abro?

Gar. Sí. (Vase Patricia por la izquierda.) Parto veloz. No olvide el detalle del sombrero. Allí les aguardo. ¡Calma! No me chafe la combina. Me vuelvo a curvar. (Saluda y vase por la derecha primera puerta.)

Sim. ¡Ah! Voy a empezar a saborear el placer de la venganza. ¡Ah, Fausto! ¡Seré inexorable! (Finge dormir.)

Faus. (Desencajado, lívido, con el sombrero puesto, levanta el portier con violencia, penetra como una bomba y queda en medio de la escena mirando a todas partes como un idiota. Se pasa la mano por la frente, se la lleva luego al corazón, avanza hacia Simona con los

dedos crispados, se para en seco, toma la botella de azahar y se echa un trago. De pronto, y como iluminado por una idea, se va a la carrera por la primera puerta de la derecha.)

Sim. (Incorporándose.) Es rastrero como la boa (Bebe azahar y al oir los pasos de Fausto finge dormir.)

Faus. (Entra en escena rápidamente por la segunda puerta de la derecha, se detiene en el centro de la escena y dice tembloroso mirando a la altura.) ¡Dios clemente, si esto es un principio de enajenación mental, ten compasión de mí y mejora mi estado patológico! Una angina de pecho o una de garganta; cualquier cosa antes que el estravismo cerebral! (Abre el balcón y lo vuelve a cerrar.) Nadie. ¡Esto es espantoso! Porque yo lo he visto; lo he visto y lo he oído. (Tras un momento de duda.) Sí; es preciso que la interrogue. (Zamarreando a su mujer:) ¡Simona!... ¡¡Simona!!

Sim. (Abriendo los ojos.) ¿Eh? ¿Quién?... ¿Tú? ¿Es la una ya?

Faus. Simona, yo soy tu marido, ¿verdad?

Sim. Claro está, hombre.

Faus. Perfectamente. Pues tu marido te exige que contestes sin mentir, a todas sus preguntas

Sim. ¿Eh? ¿Te has vuelto loco?

Faus. No sé. Responde. ¿Quién tocaba el piano en esta casa?

Sim. ¿Qué dices?

Faus. ¿Quién tocaba el piano en esta casa?

Sim. Nadie.

Faus. ¿Nadie?

Sim. ¡Nadie!

(Fausto se pasa la mano por la frente angustiadísimo.)

Faus. ¿Quién estaba asomado al balcón de esta casa abrazado a una mujer?

Sim. ¡¡Fausto!!

Faus. ¡¡Simona!!... ¡Contesta!...

Sim. Tú estás perturbado.

Faus. (Pasándose la mano por la frente.) ¿Eh?

Sim. ¡Tú estás loco! (Secándose unas lágrimas que no tiene) ¡Loco, sí, Dios mío! Loco mi Fausto; mi amor de dieciséis años!

Faus. (Horrorizado.) ¡¡¡Simona!!!

Sim. ¿Qué te hice yo, virgen santa? (Llora.)

Faus. ¡Caray, Simona!

Sim. Si lo venía yo observando desde hace tiempo... ¡Si lo esperaba, Dios mío! ¡Mi Fausto en un manicomio!...

Faus. ¡¡Simona!!

Sim. ¿Qué?

Faus. Vuelve en tí, caramba, que exageras.

Sim. ¿Verdad que me engaño? (Echándole los brazos al cuello.) Deja que me mire en tus ojos, Fausto mío; trae el sombrero; mírame. (Le quita el sombrero.) Caramba, qué perfume tan exótico despide este borsalino...

Faus. ¿Perfume?

Sim. (Examinando el sombrero.) Pero calle, ¿qué sombrero es éste? ¿Qué iniciales son éstas? G. G.

Faus. ¿G. G? ¿Dice G. G?

Sim. Míralo.

Faus. Es verdad. G. G. Pero si no había más sombrero que el mío en el perchero.

Sim. ¿En qué perchero?

Faus. En... en cuál ha de ser, mujer; en el de la academia. G. G. Tiene gracia. (Riendo sin ganas.) ¡Je, je!

Sim. ¿De quién será?

Faus. De algún alumno; sí de Jacinto García.

Sim. ¿Pero Jacinto no es con jota?

Faus. Sí, con jota; pero como el sombrero huele muy bien, me dije, será de Jacinto.

Sim. Fausto, tú estás azorado.

Faus. ¿Yo? ¿Yo azorado? (Riendo como antes.) ¡Je, je! (Por el sombrero.) G. G. (¿Jerónimo es con ge o con jota?)

Sim. ¿Qué piensas?

Faus. Que. . ¡ya está! Ya sé quien es el dueño de este sombrero. De mi amigo Guijarro: eso es de Geráneo Guijarro. El que tengo allí en la academia de... Eso, Geráneo Guijarro.

Sim. ¿Cómo Geráneo?

Faus. Jenaro, mujer, Jenaro.

Sim. Bueno; tú te estás haciendo un lío con el sombrero, pero vamos a salir de dudas en el acto. (Hace sonar un timbre.)

Faus. ¿Qué vas a hacer?

Sim. Pedir mi sombrero, porque vamos ahora mismo a la academia a cambiar el borsalino.

Faus (Casi sin aliento.) ¿Qué estás diciendo?

Sim. Que vamos ahora mismo a la academia, ¿tiene algo de particular?

Faus. No; es que.. (Por el corazón.) (¡Se me va a hacer cisco!)

Pat. ¿Llamaba la señora?

Sim. Mi sombrero y mi piel. (Vase Patricia.)

Faus. (¡Dios mío de mi alma!)

Sim. No sabes los deseos que tenía ya de visitar tu academia.

Faus. Bueno, sí; pero mira, yo ahora, la verdad, no tengo nada que hacer en la academia, te lo juro.

Sim. ¡Bah! Es por dar el paseo; estamos allí cinco minutos.

Pat. (Cou el sombrero y la piel.) Tome la señora.

(Simona se pone el sombrero. Fausto, aprovechando una distracciónu de su mujer, bebe un poco de azahar. Suena dentro uu timbre.)

Sim. Abra, Patricia. (Vase Patricia.)

Faus. (¿Quién será? Dios quiera que no sea un recado de Clarita diciéndome que vaya a la academia.)

Sim. (Está ya que se tambalea... ¡Canalla!)

(Entran en escena por la izquierda ROBERTA y BIENVENIDO.)

Bien. Aquí estamos nosotros.

Rob. ¿Qué es esto? ¿No ha ido Fausto a la academia?

Sim. Acaba de volver ahora mismo. (Habla con Roberta.)

Bien. (Aparte a Fausto.) ¿Qué pasa?

Faus. Una hecatombe.

Rob. Tenemos un palco para la última de Apolo.

Sim. Pues no podemos acompañarles porque Fausto y yo vamos a llegarnos ahora mismo a la academia.

Bien. (Aparte a Fausto.) ¿Qué dice tu mujer?

Faus. Nada, nada. Vámonos a Apolo. Yo ahora en la academia no tengo que hacer nada.

Bien. Eso; al teatro.

Rob. ¡Claro!

(Suena un timbre dentro.)

Faus. (¡Se me va a hacer cisco!)

Sim. Es que Fausto se ha traído un sombrero que no es el suyo.

Bien. ¡Bah!

Rob. ¿Qué importa eso?

Faus. Y sobre todo que yo ahora en la academia no hago falta ninguna, y como no hago falta no voy.

Pat. (Por la izquierda.) Señorito...

Faus. ¿Qué?

Pat. Ahí está un criado diciendo de parte del señor Guijarro, que se llegue usted ahora mismo a la academia porque hace usted allí muchísima falta

(Fausto se sienta sin fuerzas en la silla más cercana.)

Sim. (Garrafa no se duerme.)

Bien. (La prójima que lo llama.)

Pat. ¿Qué le digo?

Sim. Dígale que ahora mismo sale para allá. (Vase Patricia.) ¿Veis como no hay más remedio?

Rob. Pues vamos. Como es temprano aún...

Sim. Hay tiempo para todo. Andando.

Rob. Vamos. Tomaremos un coche, ¿os parece?

Faus. Sí; un coche...

Bien. (Dejando pasar a Simona y Roberta.) Las señoras delante.

Sim. (Haciendo mutis tras Roberta.) (¡Has caído, sátiro!) (Vase)

Faus. (Reteniendo a Bienvenido violentamente.) ¡Estoy perdido, sálvame!

Bien. ¿Pero qué te ha pasado?

Faus Una catástrofe; ya te lo contaré después. Ahora escucha: vamos a tomar un coche, tú te subes al pescante y le dices al cochero que tome la carretera de Extremadura.

Bien. Sí. ¿Y cuándo le digo que pare?

Faus. Cuando caiga muerto el caballo. ¡Arrea!

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón de actos del Círculo de la Juventud madura republicana. Puerde entrada en el foro derecha y otra puerta en cada lateral. A la izquierda, y sobre una tarima, una mesa y un sillon. En la pared un gran retrato de Ruiz Zorrilla o de un tío suyo, porque para el caso es lo mismo. Varios bancos y sillas completan la decoración, Es de noche. La acción en Madrid.

—

(Están en escena ESCALERA, CUESTA, MORENO, CHAPA, CONEJO y RAMOS. Escalera, conserje y portero del Círculo, es un vejete de setenta años; usa gorra con galón dorado. Cuesta, que es cómico, frisa en los cuarenta y viste con cierta elegancia. Moreno, es un chofer como de veinticinco años. Viste un traje de chofer, y en vez de polainas lleva unas bandas de tela de igual color que el traje. Chapa, Conejo y Ramos son tres tipos un tanto achulapados. Al levantarse el telón gritan y vociferan a un mismo tiempo, Escalera, Chapa, Conejo, Cuesta y Ramos. Moreno, de pie ante la mesa, con los brazos cruzados, aguarda a que termine el griterío.)

Con. ¡Mentira!

Ram. ¡¡Fuera!!

Escal. ¡¡Que rectifique!!

Cues. ¡¡Eso!!

Cha. (De pie y aporreando la mesa) ¿Me quereis hacer el honor de enmudecer?

Con. ¡Pues estaría bueno!

Escal. ¡Nos ha fastidiao!

Cha. Señores, que la equidaz y las buenas formas no se dan de sopapos con los ideales que aquí nos aconglomeran. De modo, que yo suplico equidaz y urbanidaz, que es la fetén, pa que luego no vociferen cuatro bestias por ahí que en este Círculo no hay equitación ni urbanización.

Cues. Es que se ha dicho...

Cha. ¡¡Silencio!! Lo mando yo que soy vocal del Comité.

Mor. Bueno, ¿se me deja agarrar el bramante de la peroración?

Ram. Que lo agarre.

Cha. ¡Silencio!

Mor. Pues yo decía, que subiendo como suben los comestibles, bebestibles y combustibles, las cosas se ponen imposibles. Antes, vosotros, con cuatro pesetas vivíais como rajares del Perú, y hoy, con cuatro pesetas, no teneis ni pa nutrir a un verderón. ¿Es cierto este axioma?

Cha. Verídico. (Todos asienten.)

Mor. ¿Pues a dónde vamos a parar en esta escala progresiva? ¿Que de to tié la culpa la mortífera guerra Uropea?... Dátiles de Berbería. Eso pa los bebés de los bazares. ¿Qué tiene que ver que peleen rusos y austriacos, ingleses y germanófilos, pa que cueste veinte céntimos más el queso de Burgos?

Con. ¡Ahí está la charada!

Ram. ¡Eso!

Mor. Comprendo que estén que brinquen los suicidas, porque les lleven veinticinco duros por un proyectil; pero subir el precio de las sardinas porque han torpedeao un crucero inglés, es pa soltar una carcajada de manicomio.

Con. A mí eso no me cupe en la cabeza.

Cha. Pero cómo te va a cupir a tí, si a mí no me quepe ni es posible que a nadie le caba.

Escal. Muy bien conjugao.

Mor. Por eso nos habemos reunido hoy pa ver qué acordamos, porque me figuro que vosotros no querreis que se os paralicen los jugos gástricos.

Con. ¿Se me permite una introducción?

Cues. Una introducción y una romanza. Ataque el maestro.

Cha. A ver ese cómico, que se calle. (A Conejo,) Hable el compañero.

Con. Pues os diré lacónicamente que yo no me marcho esta noche del local sin dos pesetas para alimentos, porque pa eso me hice republicano hace ocho años y pa eso he estao tó ese tiempo dando coba a las cabezas visibles del partido y expuesto a que me llevaran a la delega por no saludar a su majestad en los paseos públicos.

Chapa Pero, escucha, tú...

Con. Y como a mí se me niegue esa porquería lo sentiré mucho, pero en cuanto vea a don Alfonso trece le voy a hacer una reverencia que se va a creer que estoy dislocao.

Ram. Tiene razón aquí el compañero Conejo.

Cues. Pero una razón que atosiga. Yo estoy ahora sin contrata y suscribo lo de las dos pesetas.

Chapa Señores, que se han agotao los fondos de resistencia, como sabeis. ¿Qué quereis que se haga?

Con. Eso allá el comité: pero aquí hacen falta más perras gordas y menos ideales, porque creer a un bruto: un estómago vacío no tiene más ideal que un bistec con patatas y cuantas más patatas más ideales.

Ram. ¡La fija!

Cues. ¡Eso!

Mor. Señores, respetemos la figura egregia de Ruiz Zorrilla.

Con. Yo respeto a Ruiz Zorrilla y al Comendador, pero si a mí no se me proporciona esta noche un solomillo a la jardinera, me hago papanatas.

Cues. ¡Eso! Si no hay dinero que nos repartan el mobiliario, que primero es comer.

Ram. Sí, señor.

Chapa ¡Silencio!...

Gar. (Entrando como una tromba por la puerta del foro.) Compañeros, buenas noches y un momento. Tengan ustedes la bondad de dejar sobre el pupitre oratorio el asunto que se ventile y el que quiera ganarse ahora mismo cinco duros que me siga a la secretaría; allí se enterará

del móvil y hará efectivas las beatas. ¡Alzando! (Se van por la puerta de la izquierda.)

Con. ¡Mi madre! (Mutis tras Garrafa.)

Chapa ¡Caray! (Idem.)

Cues. ¡Atiza! (Idem.)

Ram. ¡Olé! (Idem.)

Mor. ¡Chavó! (Idem.)

Escal. (Sin moverse.) Qué asunto traerá aquí este desgraciao... Sabe Dios. Cada vez que interviene en algo de política, mete el remo que salpica.

(Por la puerta del foro entra en escena OREJON, un punto como de cuarenta años, con cara de idiota y sordo como una mesa.)

Orejón A Dios sean dadas.

Escal. ¿Qué hay, Orejón?

Orejón ¿Y los de la controversia?

Escal. (A gritos.) Están ahí dentro de conciliábulo. Ahora saldrán.

Orejón ¿Qué dices?

Escal. (A gritos.) ¡Que ahora saldrán!

Orejón Aunque eches el hígado no te oigo una palabra Vengo de casa del médico y cuando vengo de casa del médico oigo menos. No me grites, con que me hables silabeando mucho, me entero por el movimiento de los labios.

Escal. ¡Menos mal! (Moviendo los labios exageradamente.) Pues los amigos están ahí dentro con Garrafa, que se trae una combina.

Orejón Malo: todas las combinas de ese son pa llevarse algo. (Dentro se oyen aplausos y vivas a Garrafa.)

Escal. ¡Atiza!

Gar. (Saliendo rodeado de los demás que le aplauden.) ¡Caray, qué ovación! Nada, está visto que aquí se aplaude a un duro más que a Galdós. Bueno, calma, menos barullo y vamos por partes.

Orejón (A Moreno.) ¿Qué pasa? (Moreno le indica por señas que le dege en paz.)

Gar. Os habéis enterado de todo, ¿verdad?

Mor. Sí, señor.

Gar. (A Conejo.) A ver, tú, que pareces el más bruto: di por encima lo que hemos convenido.

Con. Pues verá usted; en mis cortos alcances yo de lo que me he enterao es de una cosa: que usted m'ha entregao cinco duros que m'han puesto en casa y no me pregunte usté más. (Ríen todos.)

Gar. Tú pareces una acémila, pero te puedes sonreir de Sócrates. A ver, tú. (A Ramos.)

Ram. Pus, concretando: que como dice este bestia, tengo cinco duros y a mí me manda usté rodar y como si hubiera un declive. ¿Es esto?

Gar. Aquí lo que hace falta es que os hayais compenetrado.

Mor. Mire usted, señor Garrafa: en lo que ha hecho usted mal es en soltar la mosca por adelantao, pero en fin, yo repetiré la lección en cuatro palabras y a ver si os enterais vosotros. Esto es una academia de noruego.

Cues. Justo.

Mor. Nosotros somos los condiscípulos.

Chapa ¡Ele!

Mor. El director es ese don Fausto Madrid, cuyo retrato nos acaba usted de enseñar.

Con. Eso es.

Mor. De manera que en cuanto llegue ese señor Madrid con su esposa le saludamos, damos clase de noruego y decimos toas los tonterías que se nos ocurran; ¿está compendiao?

Gar. De primera con suplemento. (A los demás.) ¿Qué, estais ya al cabo de la calle?

Con. Sí, señor.

Gar. Ea; pues arreglar el salón como os he dicho mientras yo me entiendo con Cuesta y con el conserje, a quienes tengo que hacer encargos especialísimos. Oigan ustedes. (Se lleva a un extremo a Cuesta y Escalera, hablan y toman unas notas.)

Chapa Vamos allá, señores. (Entre todos varían la colocación de los bancos y le dan al salón cierto aspecto de aula.)

Orejón (Al ver que cada uno carga con un mueble.) ¿Es que nos mudamos?

Mor. Tú te callas.

Orejón Silabea.

Mor. (Silabeando.) Que hagas lo que hacen los demás.

Orejón Comprendido. Esto es que ha llegado el re-

parto social. Pues yo agarro un banco y me lo llevo. (Carga con un banco e inicia el mutis.)

Chapa ¿Qué hace el sordo?

Mor. (Deteniéndole.) ¡Tú! ¿Dónde vas con ese banco?

Orejón A hacerlo astillas.

Mor. Vamos, trae acá. (Lo coloca en su sitio.)

Chapa (A Orejón.) Es que estamos arreglando el salón pa el acto.

Orejón Pues haberlo dicho. ¿Quién perora esta noche?

Chapa Ya lo oirás (Continúan arreglando.)

Gar. (En su grupo.) De modo que ya sabes, Escalera. Si alguien te pregunta, dices que eras portero de la academia del señor Madrid. ¿Te has fijado bien en la cara del susodicho?

Escal. Sí, señor.

Gar. Pues en cuanto le veas llegar me avisas.

Escal. Bueno, por esto darán algo, ¿no?

Gar. Sí, hombre, sí; tienes en el reparto cuatro pesetas.

Escal. ¿Nada más?

Gar. Cuatro hasta ahora. Si metes la pata saldas con las cuatro, si no la metes se te añiden seis reales. Vuela a tu obligación.

Escal. Sí, señor. (Se va por el foro.)

Cues. (Leyendo unas notas que ha tomado.) Eleuterio Cerrillo, padre de Sigüenza.

Gar. Padre de Cerrillo.

Cues. Eso es; padre de Cerrillo, alumno de Madrid, es decir, de Madrid, pero de Sigüenza.

Gar. No te hagas un lío.

Cues. No, señor, estoy muy bien enterado de mi papel. Deme usted para los jamones y los puros.

Gar. Toma. (Le da un billete.) Y a ver cómo te portas. Que se vea que eres un primer actor.

Cues. Se verá. Hasta luego. (Se va por el foro.)

Gar. (Por el salón.) ¿Cómo queda esto? Muy bien. Escucha, tú, chofer.

Mor. ¿Mande usted?

Gar. Haz el favor de quitarte esas cintas de las piernas para que no tengas aspecto choferil.

Mor. Mire usted que no llevo medias.

Gar. ¿Llevas calcetines?

Mor. Tampoco.

Gar. ¡Bah! No importa: el asunto es que parezcas

un muchacho de catorce años muy desarrollado.

Mor. Está bien. (Se quita las bandas, las guarda en un cajón de la mesa y queda con las pantorrillas al aire.)

Gar. Qué lástima no hubiera unos cuadritos con pasajes de la Biblia, porque eso daría al local más carácter áulico Pero en fin, no importa, está bien, está bien. Bueno, venir aquí todos e irme diciendo nombres y apellidos para hacer la lista de los matriculados. (Se sienta a la mesa y se dispone a escribir en un pliego de papel A Chapa) Tú, ¿cómo te llamas?

Chapa Carlos Chapa...

Gar ¿Es pitorreo?

Chapa No, señor, apellido y bien conocido por cierto, porque mi padre, Casimiro Chapa, fué muy popular. No se ha dao baile en Madrid durante veinte años al que no asistiera mi padre por obligación.

Gar. ¿Dónde estaba empleado?

Chapa En el guardarropa.

Gar. (Escribiendo.) Chapa, Carlos. (A Conejo.) A ver tú.

Con. Luis Conejo Garay.

Gar. (Escribe.) Conejo... ¿Dónde vives?

Con. En el Pardo.

Gar. (Escribiendo.) Conejo, Luis. (A Ramón.) Tú.

Ram. Domingo de Ramos, Palma alta, 43.

Gar. De Ramos, Domingo. Otro. (Escribe.)

Mor. Clar, Moreno.

Gar. (Escribiendo.) Moreno, Claro. ¿Falta alguno?

Chapa Aquí el sordo (Le da con el codo a Orejón.)

Orejón ¿Qué pasa?

Chapa (Silabeando.) Que cómo te llamas.

Orejón Bautista Orejón.

Gar. ¿De dónde es?

Mor. (A Orejón.) Que de dónde eres.

Orejón De Colmenar.

Gar. Decirle si es de Oreja.

Mor. (A Orejón.) Que si eres de Oreja.

Orejón De las dos. Por ninguno oigo nada. ¿Para qué me apunta? ¿Para lotería?

Mor. Anda y que te cañoneen.

Orejón (Aproximándose a Garrafa.) Apúnteme usted dos pesetas.

Gar. Bueno, hombre, bueno.

Escal. (Por el foro precipitadamente.) ¡Señor Garrafa! ¡Ahí están ya! Se han bajado de un coche dos señoras y dos caballeros y uno de ellos que es el del retrato, decía a los demás: «Verán ustedes cómo ya no hay nadie en la academia.»

Gar. Señores alumnos, a los bancos. Fuera sombreros. Estamos en clase. Cuando yo me haga así en las narices os poneis de pie. ¡Ah! Y mucha amabilidad con el señor Madrid; como si le conociérais de toda la vida.

Mor. Sí, señor. (A Orejón.) Siéntate. (Lo sienta.)

Orejón ¿Qué pasa? Moreno le indica por señas que se calle. Quedan todos como en un aula y Garrafa ante la mesa explicando.)

Gar. Señores: el verbo Piloteospoliteo, noruego neto, tiene su raiz en Pila, palabra que significa aguamanil y equivale a lavarse la epidermis. (Entran por la puerta del foro SIMONA, ROBERTA, BIENVENIDO y FAUSTO. Estos dos últimos con el miedo natural.) Señor Moreno.

Mor. Presente.

Gar. Conjúgueme usted el verbo noruego Piloteospoliteo. (Fausto y Bienvenido se miran asombrados.)

Mor. Yo piloteospistoleo, vosotros piloteospolitais y ellos si gustan piloteospolistilo.

Gar. (Advirtiendo la presencia de Fausto, rascándose las narices y acudiendo a su encuentro. Todos se ponen de pie.) ¿Pero qué es esto, mi querido don Fausto, por qué se ha molestado usted en volver? ¿No le dije que yo terminaría la clase? (Muy reverencioso a Simona y Roberta.) ¿Señoras? (A Bienvenido.) ¿Caballero? .. (A los alumnos.) Señores, ha vuelto el señor director.

Todos Buenas noches, señor Madrid.

Faus. (Perplejo.) Buenas noches. (Bienvenido mira a Fausto asombrado.)

Gar. (Ofreciendo sillas.) Siéntense, señoras. (A los alumnos.) Sentaos. (Se sientan.) Como se fué usted tan precipitadamente, señor Madrid, se llevó usted equivocadamente mi sombrero.

Faus. (Boquiabierto.) Sí...

Sim. A eso hemos venido principalmente; a canjear el frégoli.

Gar. Tome usted. (Le da su sombrero. Fausto lo coge, lo examina y mira a Bienvenido estúpidamente.)

Bien. (¡No me explico esto!)

Sim. (Este hombre es una perla.)

Gar. Pues nada; esto va como una seda. Yo creí que conmigo se atascarían, porque, claro, yo no domino el noruego como usted, que es una pirámide, pero vamos, he salido bien del paso.

Rob. ¿Es usted profesor también?

Gar. Sí, señora; enseño aquí el esperanto y el irlandés. El irlandés lo domino, el esperanto, no tanto, pero en noruego estoy completamente cachalote. Y apropósito, don Fausto, quiero que me saque usted de una duda.

Faus. (Cada vez más asombrado.) ¿Eh?... ¿Yo?...

Con. ¿Piloteospoliteo es verbo irregular?

Faus. ¿Cómo dice usted?

Gar. El verbo piloteospolitear.

Faus. ¡Ah! Pilo... pos... teapos... Sí: irregular,

Gar. (A los alumnos.) Ya lo oyen ustedes: el susodicho verbo es completamente irregular. Ahora el docto director continuará explicando la clase, ¿no es verdad, don Fausto?

Sim. ¡Ay, sí! Quiero ver cómo explica.

Bien. (Aparte a Fausto.) Pero escucha, ¿por qué me digiste que la academia era una filfa?

Faus. (Vuelve a examinar el sombrero.) ¿Yo? Si yo no... Es decir, a mí... (Se pasa la mano por la frente y mira a todos estúpidamente.)

Sim. (Acercándosele mimosa.) Anda, Faustito, que tanto Roberta como yo queremos oirte explicar algo de noruego.

Rob. Sí, amigo Fausto.

Faus. Es que yo...

Gar. (Acercándose al grupo.) Señor director, conviene que termine usted la clase para que los alumnos se retiren.

Sim. Sí, pobrecillos; tendrán prisa y sueño.

Gar Sueño más que prisa. Ese muchacho de corto está que se cae. ¡Moreno!

Mor. ¿Qué manda usted?

Gar. Despabílese, que hay señoras. Cuando usted guste, don Fausto. (Lo lleva a la mesa. Fausto se deja conducir como un autómata.)

Bien. (¿Pero, por qué me negaría que tenía esta

academia? (Garrafa se rasca las narices y los alumnos se ponen en pie.)

Faus. Pueden ustedes retirarse.

Gar. No; si es que se levantan en señal de respeto. Continúen ocupando los bancos. (Se sientan los alumnos.)

Rob. (A Simona.) Vamos a vér cómo explica. Esto de enseñar noruego debe ser una cosa como para volverse loco.

Sim. No lo sabes tú bien. (Garrafa sisea y se hace un profundo silencio.)

Faus. (Yo debo estar en el éter.)

Orejón (A Moreno.) ¿Qué pasa? (Moreno le indica que se calle.)

Gar. Silencio en los bancos. (Garrafa sisea imponiendo silencio.(

Faus. (Mira a uno y otro lado, se arregla el cuello. se limpia el sudor, pone las manos sobre la mesa, se hace un silencio profundísimo y dice angustiado.) ¿Me podrían traer un vaso de agua?

Gar. (Llamando.) Escalera... Escalera.

Escal. ¿Qué manda usted?

Gar. Un vaso de agua para el señor Madrid.

Escal. ¿La quiere el señor con azucarillo o con aguardiente?

Faus. Como guste.

Escal. Lo pregunto al aquél de que los azucarillos hace un mes que no se traen y el aguardiente se lo bebieron ayer los del...

Gar. (Atajándole.) ¡Chits! Sirva y no acuse.

Escal. Está bien. (Mutis por la derecha.)

Gar. Señor Madrid, entre tanto le sirven el lozo ya, reciba la fausta novísima de una matrícula reciente. Un muchacho de Jaca que se ha matriculado hace un instante. Aquí tiene usted las diez con diez, importe de la matrícula en cuestión. (Le da el dinero.)

Faus. ¿Uno de Jaca?...

Gar. Sí; desea aprender el noruego en dos meses porque quiere estar en Jaca corriendo. (Se separa de Fausto.)

Faus. (Examinando el dinero.) (¿Yo estoy fuera de la atracción terrestre?) (Hace visajes.)

Sim. (Comienza a perturbarse el perjuro.)

Rob. (A Simona.) ¿De quién es ese retrato, Simona?

Sim. No sé; Fausto sabrá. (A Fausto.) Fausto.

Faus. ¿Es a mí?

Sim. ¿De quién es esa ampliación del testero? Porque el rey de Noruega no es.

Faus. Es de... de un sabio alemán. Un tal Berlitz-Shol.

Escal. El agua, señor Madrid. (Pone el vaso sobre la mesa.)

Faus. Gracias, Portal.

Escal. Escalera.

Faus. No me acordaba. (Los alumnos sofocan la risa.)

Gar. (Riendo) Siempre se equivoca (A Simon.a) ¡Qué risa, señora! Unas veces le llama peldaño, otras baranda...

Sim. Yo creo que está un poco chiflado.

Gar. El exceso de trabajo mental...
(Bebe don Fausto sin dejar gota.)

Faus. ¿Señores?... ¡Señores, qué sed tenía!

Orejón (A Moreno.) ¿Qué pasa? (Le hacen callar.)

Gar. Puede usted reanudar la clase con la venia de las señoras y amigo. (Sisea y se hace un gran silencio.)

Faus. Bueno, pues... ustedes, queridos alumnos, se acordarán de lo que estábamos explicando, ¿no es eso?

Todos Sí, señor.

Faus. Muy bien, porque yo tengo la cabeza que es una devanadera y ya no me acordaba.

Gar. Señor... Conejo.

Con. Presente.

Gar. ¿Recuerda el discípulo lo que explicaba el señor Madrid cuando se fué hace un rato?

Con. No, señor.

Gar. Usted siempre lo mismo. Este Conejo es un animal. ¿Hay alguno de la clase que lo recuerde? Todos callan y se miran los unos a los otros.) Esperad un momento a ver si yo hago memoria. (Queda pensativo.)

Faus. (¡Dios mío! ¿Será esto un sueño? ¿Tendría yo esta academia y se me habrá borrado de pronto?... (Se palpa para convencerse de que es él.)

Gar. ¡Ya! Estaba usted explicando las interjecciones noruegas terminadas en a. ¿No es eso, señores?

Todos Sí, eso. Interjecciones en a.

Faus. Sí; ya estoy en ello. (¿Cómo confieso que no sé noruego delante de mi mujer?)

Bien. (A Fausto en alta voz.) Vamos, hombre; que se va el tiempo.

Faus. Sí, ya; ya voy... (Estallan mis sienes.) Señores... (Sisean y se hace un profundo silencio.) Como les decía a ustedes, hace media hora, minuto más o menos, que no es ocasión de ponerse a discutir el tiempo, porque verdaderamente nos hace falta, ¿no están ustedes de acuerdo?

Chapa Acordísimos.

Faus. Pues bien, les decía a ustedes que. . las interjecciones noruegas, como las españolas, son siempre algo desagradables, porque suelen decirse en momentos difíciles y críticos, como son: una disputa, una caída, a raíz de un agravio o cuando no se tiene dinero. ¿Conformes?

Con. Pero que habla usted como el catecismo.

Sim. (Se le pitorrean que da grima.)

Faus. (Se me va la cabeza.) (Por el corazón.) (Y este está hecho cisco.)

Gar. Silencio.

Faus. Pues bien, en Noruega como en Suecia, hay interjecciones en a, que no son muchas, interjecciones en ar y en or y unas cuantas en ur, que son las más rotundas. (¡Ilumíname, Dios mio!)

Rob. (A Simona.) Explica muy bien.

Sim. ¡Oh! Ya verás, ya verás...

Faus. En a hay... En a hay...

Sim. (Ya se queja.)

Faus. Digo que terminadas en a hay tres principalísimas, que son: Jasorá... Japilajá y... Jamalajá.

Mor. Ja, ja.

Bien. Oye, Fausto: me parece que te has ido al árabe.

Gar. ¡Oh! No, señor; es noruego puro. Lo que sucede es que tanto en Noruega como en España, hay palabras que parecen extranjeras. Ya ve usted: nosotros tenemos las palabras tinta, tontín y tontón, que parecen chinas y sin embargo son españolas.

Rob. Es verdad.

Bien. Tiene usted razón.

Sim. Sin embargo, en lo de la tinta no estoy conforme, porque hay tinta española y tinta china.

Gar. Me declaro un taco, señora. (Ríen los alumnos.) ¡Silencio, que no estamos en ningún varietés! (Se hace el silencio.)

Faus. (Todo me da vueltas.) (Coge la lista.) A ver, uno; señor... (Por Moreno.) Ese chico.

Gar. Moreno

Mor. Servidor.

Faus. ¿Qué interjecciones conoce usted en castellano?

Mor. ¡La vértiga!

Faus. Hombre, un poco más fina y que tenga algo de... salsa.

Mor. Caracoles

Faus. Muy bien: dígala en noruego.

Mor. ¿La traduzco?

Faus. Naturalmente.

Mor Taralajá.

Faus. (Qué raro es el noruego) Siéntese. A ver, otro señor... (Leyendo en la lista.) Señor Orejón.

Chapa (Dándole un metido.) ¡Tú!

Orejón ¿Qué pasa?

Mor. (Silabeando.) Que te levantes.

Orejón ¿Para qué?

Mor. (Como antes.) Levántate y no preguntes.

Orejón Está bien. (Se pone de pie.)

Gar. Señor Madrid, este es el alumno nuevo de quien le hablé ayer.

Faus. ¿Ayer? ¿A mí?

Gar. Sí, señor; que le dige a usted que era algo sordo.

Faus. No recuerdo, pero en fin. (Gritando a Orejón.) Una interjección.

Orejón ¿Eh?

Mor. (Silabeaudo.) Que digas una interjección.

Orejón No entiendo.

Chapa (Dándole un pisotón.) Animal.

Orejón ¡Mi madre!

Faus. Muy bien. Es una interjección de origen familiar. Dígala en noruego.

Orejón ¿Cómo?

Mor. (Silabeando.) Que digas tu madre en palabras noruegas.

Orejón No te entiendo.

Mor. (Despacio y silabeando mucho.) Tu madre en Noruega.

Orejón Está en Javalquinto. (Risas.)

Gar. Dejarle, dejarle, como es nuevo se hace un lío el infeliz Que se siente.

Orejón (A Moreno.) ¿Quién te ha dicho que está en Noruega?

Mor. (Por Fausto.) El señor.

Orejón (A Fausto.) ¿Y a usted, quién se lo ha dicho?

Gar. Sentarle, sentarle. (Moreno y Chapa le sientan.)

Orejón (Volviéndose a levantar. Pues buena está la pobre para hacer esos viajes (Le vuelven a sentar. Hay un comentario entre todos los personajes.)

Faus. (Agarrándose a la mesa.) (¡Se me va la vista! Esta habitación me parece una ruleta. Y esos hombres muñecos animados que se burlan de mí. Hasta ese niño de calzón corto me parece un hombre ya provecto!) (Se pasa la mano por la frente. A los alumnos.) Yo he estado aquí antes de ahora, ¿verdad?

Todos Sí, señor.

Faus. ¡Ja, ja, ja!.,. (A Garrafa.) Y estuve ayer, ¿no?

Gar. Y todos los días.

Faus. (Riendo como loco.) ¡Todos los días!... ¡Y no me acordaba! (Ríe.) Sí; yo estoy algo loco. (Ríe.)

Sim. (¡Ya!. . Ríe sardónicamente... No; esto es demasiado.) (Hace señas a Garrafa.)

Gar. Bueno, señores: la hora. Pueden ustedes retirarse. (Los alumnos se levantan.)

Mor. Buenas noches, señor Madrid.

(Fausto, que no deja de reir. los va despidiendo diciéndoles adiós con la mano.)

Chapa Que usted descanse, señor Madrid. (A Orejon) Hala. (Orejón saluda con la mano.)

Ram. Buenas noches.

Con. Hasta mañana, don Fausto.

(Se van los alumnos por el foro. Don Fausto queda sentado ante la mesa riendo a veces y a veces con la boca abierta, como idiotizado.)

Gar. (A Simona.) Creo, señora, que estará usted satisfecha.

Sim. Me parece que hemos ido demasiado lejos Estoy horrorizada. No quiero verle.

Rob. (A Bienvenido.) ¿Pero qué le pasa a Fausto?

Bien. No sé chica, es rarísimo.

Gar. Si las señoras desean visitar la academia...

Sim. Sí, sí. Ven, Roberta.

Rob. Mujer, que es tardísimo.

Sim. (Bajo a Roberta.) Ven, Roberta, ven por Dios. Ya te explicaré. Quédese aquí con Fausto, Bienvenido.

Bien. Con mucho gusto.

Gar. Ya verán las señoras. La casa es amplísima. (Hacen mutis los tres por la izquierda.)

Bien. Bueno, querido Fausto: explicas el noruego que se puede pagar por oirte.

Faus. ¡Bienvenido!... ¡Bienvenido de mi alma!

Bien. ¿Qué te pasa?

Faus. Yo estoy loco.

Bien. ¿Tú?

Faus. ¿No te referí en casa, hace dos horas, que para justificar mis salidas nocturnas había inventado una academia de noruego?

Bien. Sí.

Faus. Pues te juro, querido Bienvenido, que lo había inventado. Vamos, que yo no tenía academia.

Bien. Entonces, esta...

Faus. No sé. Se conoce que yo alquilé este piso, busqué profesores, se inscribieron alumnos... Porque ya has visto que aquí me conoce todo el mundo, Bienvenido; y que esos eran alumnos y que a mí me pagan las matrículas y que yo he dado clase de noruego. Y yo te juro que no sé noruego.

Bien. ¿Estás seguro, Fausto?

Faus. No sé... Espera... No, hombre, yo no sé noruego. Es más, me pones un mapa delante, me dices señálame a Noruega, y pongo el dedo en California.

Bien. Entonces esas frases noruegas que me has explicado de jasorá y jamalajá...

Faus. Camelos.

Bien. ¿Y crees tú que se iban a tragar esos camelos los alumnos? Vamos, Fausto, no me vuelvas loco. Esta academia es tuya. (Fausto mira a todas partes y se pasa la mano por la frente.) Mira, cuando veníamos subiendo la escalera me decía tu mujer, que hace dos días le habías enseñado tú mismo una carta de un tal Cerrillo, de Sigüenza, en la que te ofre-

cía unos jamones por lo rápidamente que le habías enseñado el noruego a un hijo suyo.

Faus. Y es verdad; le enseñé esa carta. Pero esa carta se la dicté yo a Martinez, un amigo de mi confianza, y se la dí a otro amigo para que la echara al correo en Sigüenza.

Bien. ¿Estás seguro, Fausto?

Faus. Segurísimo. Yo no conozco a nadie de Sigüenza, ni tengo amigos de Sigüenza, ni he tenido nunca alumnos de Sigüenza. Ese Eleuterio Cerrillo de la carta es una invención mía: te lo aseguro.

Escal. (Por la puerta del foro) Señor Madrid.

Faus. ¿Eh? ¿Quién? ¿Qué pasa?

Escal. Un señor que desea ver a usted.

Faus. ¿A mí?

Escal. Dice que viene de Sigüenza.

Faus. ¿De Sigüenza?

Escal. Si no me equivoco es el señor Cerrillo; el padre de aquel Eleuterio Cerrillo a quien enseñó usted el noruego en unos meses.

(Fausto se tambalea.)

Bien. (¡Pobre Fausto! ¡Está loco!)

Escal. ¿Qué le digo?

Bien. Dígale que pase. (Vase Escalera.) ¿Lo ves, Fausto? Tu cabeza está más vacía que una pelota.

Faus. (Sujetándose la cabeza con las manos.) ¿Pero cómo es posible, Señor?... Bueno, yo... ¿quién soy yo, Bienvenido? Por tu madre.

Cues. ¿Dan ustedes su permiso? (Trae unas alforjas repletas. ESCALERA. que viene con él, se va por la izquierda.)

Bien. Adelante.

Cues. Con toda ceremonia. (Viendo a Fausto.) ¡Ah! Aquí está. (Deja las alforjas a un lado.) Venga un abrazo, fenómeno noruego.

(Fausto se deja abrazar mirandole estúpidamente.)

Bien. (¡Pobre Fausto!)

Cues. No veía el momento de darme esta satisfacción. Aquí le traigo a usted lo que le ofrecí en mi carta; y he añadido unos puros que quiero yo que se fume usted a mi salud. Ahí va un caruncho. (Le da un cigarro.)

Faus. (Alelado.) Gracias; muchas gracias.

Cues. Lo encuentro a usted más delgado que la última vez que nos vimos

Faus. ¡Ah! ¿Pero nos hemos visto otra vez?

Cues. Hace cuatro meses. ¿No hace usted memoria?

Faus. Sí, es decir... no... (¿Pero qué me pasa a mí?) (Comienza a sonreir nerviosamente.)

Cues. (A Bienvenido.) ¡Qué hombre éste, caballero! Mi Eleuterio habla el noruego mejor que el español. Como que ya en casa nos vamos acostumbrando y sabemos algunas palabras. ¿Cómo creerá usted que llaman en Noruega a los criados?

Bien. A gritos.

Cues. No, señor; los llaman .. los llaman... ¡Remanga! ¿Cómo los llaman que se me ha olvidao? ¿Cómo es, don Fausto?

Faus. Pues los llaman... (Ríe nerviosamente.) Los llaman... ¡Ah! (Da un grito y ríe furiosamente.)

Bien. (¡Caracoles! Este se desata. Avisaré a Simona.) (Hace mutis a la carrera por la izquierda.)

Cues. (Asustado.) (¡Mi madre! ¡Este tío no rige bien!)

Faus. (De un salto le sujeta por las solapas y le zamarrea.) ¡Pronto!

Cues. (Temblando) ¡Caballero!

Faus. Quiero saber si estoy loco. ¿Dice usted que nos hemos visto hace cuatro meses? ¿Dónde?

Cues. Caballero, que yo..

Faus. ¿Dónde? Usted me lo recuerda o lo mato.

Cues. Caballero, yo le explicaré, pero suélteme usted las solapas, que son de lana dulce y resisten poco.

Faus. ¡Pronto!

Cues. Caballero, que todo esto es una broma.

Faus. (Soltándole.) ¿Eh?

Cues. A mí me han dado veinticinco pesetas por decir lo que he dicho. Esto es una bromita que le da a usted Garrafa.

Faus. ¿Y quién es Garrafa?

Cues. Uno que se ha puesto de acuerdo con su señora de usted.

Faus. ¿Con mi señora? ¡Lo mato!

Cues. Entiéndame usted; se ha puesto de acuerdo con ella para embromarle y vengarse de no sé qué devaneo de usted.

Faus. ¡Ah! ¡Gracias, Dios mío! Sí; las juergas de

mi casa, el sombrero cambiado... ¡Traerme aquí a la fuerza!. . Entonces este local es...

Cues. El Círculo de la juventud madura republicana; lo que ha sido siempre.

Faus. Me ha dado usted la vida, porque mi cabeza era una maraña. Tome usted. (Le da un billete.)

Cues. ¡Caballero! No sé cómo agradecerle... Soy actor. Si gusta le recitaré el monólogo de *Don Alvaro*...

Faus. No, gracias, retírese.

Cues. Sí, señor; a sus órdenes. Muchas gracias. (He hecho mi día.) Agradecidísimo. (Mutis por el foro.)

Faus. Ha querido vengarse; ha querido volverme loco... Y ha estado a punto de conseguirlo. Calma, Fausto. Claro que lo de Clara está muy mal. Bajo ese punto de vista soy un miserable, pero a mí me paga mi mujer este amago de locura como me llamo Fausto. Bueno, ¿qué haría yo para que mi mujer no me hablara más de este asunto?... (Queda pensativo.)

Escal. (Por la izquierda.) Menudo accidente le ha dado a esa señora al enterarse que su marido ha perdido del todo la razón. Voy por éter.

Faus. Oiga usted, so sinvergüenza.

Escal. ¡El loco! (Se va corriendo por el foro.)

Faus. Ahora todo el mundo se cree que he perdido el juicio y... ¡Caramba! Esto de la locura puede ser una solución. Bueno, no quisiera más que coger por mi cuenta a uno de esos frescales que han pasado por alumnos. ¿Se marcharon? Porque yo estaba en las nubes. Voy a ver. Como me tropiece con uno lo pulverizo. (Se va por la derecha remangándose los puños.)

Orejón (Por la puerta del foro. Viene riéndose.) Ahora acabo de enterarme de que esto que yo creía una reunión íntima para tratar de las subsistencias era una bromita que le daban a un tío. ¡Je, je! Y creo que he estado a punto de meter la pata. (Vuelve a reir.) No, pues yo busco a ese tonto, rectifico con el achaque de la sordera, le suelto una de las palabras noruegas que traigo apuntadas y le digo que antes no le entendí una jota. A mí

me dan cinco duros como a los demás o me oyen los sordos como yo.

Faus. (Por la derecha.) Se han evaporado como por encantamiento. (Al ver a Orejón.) ¿Eh? ¿Esta cara?...

Orejón (Al ver a Fausto.) (El de la bromita. ¿Cómo me han dicho que se llama? Tiene un nombre de ópera.)

Faus. Sí; éste es uno de esos sinvergüenzas, no cabe duda

Orejón (Era un nombre de ópera. ¡Ah! Sí.) (A Fausto.) ¿Qué hay, don Rigoleto?

Faus. (Y sigue chufleándose) Ya usted lo ve, don Mefistófeles.

Orejón Tiene usted que dispensarme si antes no contesté a sus preguntas, pero es que hoy no he podido estudiar la lección, don Rigoleto.

Faus (A Orejón, con ira.) Los he conocido cínicos, señor mío, pero usted es un catedrático de ciniquéz.

Orejón ¿Eh?

Faus. Es usted un sinvergüenza. ¿Me ha oído usted? ¡Un sinvergüenza!

Orejón ¡Jasorá!

Faus. (Echando chispas.) Esto es demasiado (Agarrándole de un brazo) Salga usted conmigo a la calle, que le voy a dar dos puntapiés y...

Orejón Y jamalajá. (Se queda mirando a Fausto muy sonriente.)

Faus. (Agarrándole de las solapas y zamarreándole.) Usted se viene a la calle conmigo o le doy aquí mismo una patada en el estómago.

Orejón ¡Más alto!

Faus. En el pecho, me es igual: so bandido.

Orejón (Asustado.) ¡Don Rigoleto!... ¡Pero don Rigoleto!

Faus. ¡¡Don Walkirias!! ¡Te mato!

Bien. (Por la izquierda.) ¡Fausto! ¡Fausto, por Dios! ¡Vuelve en ti! (Los separa)

Orejón ¿Pero a mí por qué?...

Faus. ¡Que se vaya ese hombre o lo asesino!

Orejón ¿Pero a mí, por qué?

Faus. ¡Que se vaya o lo desnuco!

Bien. (Empujando a Orejón.) Váyase, váyase...

Orejón Pero si yo lo he dicho como estaba escrito: jamalajá...

Bien. (Empujándole.) Retírese, retírese.

Orejón O es otra cosa... (Lo echa a empujones. Se vuelve y ve a Fausto que se pasea como un león enjaulado.)

Bien. (¡Dios mío, loco, y con locura agresiva que es lo peor!)

Faus. (Por Bienvenido.) (Me tiene miedo. Sí: el hacerme el loco es una gran solución.)

Sim. (Dentro.) ¡No! ¡Quiero verle! ¡Quiero verle!

Faus. (Mi mujer. Ahora verás tú.)

Sim. (Con ROBERTA y GARRAFA, por la izquierda.) ¿Dónde? ¿Dónde está? ¡Ah! ¡Fausto!.. ¡Fausto!...

Faus. (Como delirando.) ¡Sí! Yo soy noruego. Yo soy catedrático.

Gar. Completamente loco.

Sim. (A Garrafa.) Usted tiene la culpa, miserable, por haberme delatado lo que mi esposo hacía.

Faus. (¡Ah! ¿Ha sido ese?)

Gar. Yo hice la delación porque tenía celos de él.

Faus. (¿Cómo celos?)

Gar. Aunque Clarita Luque es a mí a quien ama, yo no podía tolerar que la visitase ese hombre. Mi dignidad se oponía a tal dualismo.

Sim. (¡Dios mío!) (Llora.)

Faus. (Yo le machaco la nuez a Clarita, y a este tío lo mato de un susto.) (Se pone de pie rápidamente y lanza un grito espantoso.) ¡¡Ah!! (Todos pegan un salto.) ¡Señor catedrático! (Coge a Garrafa de un brazo y lo lleva consigo.)

Gar. (Apuradísimo.) No abandonarme.

Faus. Señor catedrático. Me ha engañado usted: con esta academia vamos a la bancarrota.

Gar. Pero...

Rob. ¡Pobrecillo!

Faus. Mi dignidad profesional no tolera esa quiebra.

Gar. (Temblando.) ¡Don Fausto!

Faus. Silencio (Le dice en voz baja.) O me arregla usted este asunto, o lo desnuco.)

Gar. ¿Eh?

Faus. Necesito que mi mujer no vuelva a tener celos de Clarita Luque. Soy rico.

Gar. Y simpático. ¡Basta! (Se separa de él y se echa a llorar.)

Bien. ¿Eh?

Sim. ¿Qué pasa?

Gar. Señoras, un momento. ¡Pobre don Fausto! Loco, y por mi culpa. ¡Soy un miserable! (A Simona.)

Sim. ¿Usted?

Gar. Ese hombre, modelo de esposos, que acaso ha perdido la razón para siempre, es una víctima inocente de mi perfidia.

(Asombro en todos.)

Sim. ¿Qué dice usted? ¡Hable, hable por piedad!

Gar. (Después de secarse las lágrimas.) Señora, Clarita Luque, la que usted considera su rival, es una virtuosa señorita a la que espero unir mi vida si lo autoriza el señor Madrid, su padre.

Sim. ¿Cómo?

Gar. El se opone a esta boda, porque sabe que carezco de fortuna.

Sim. ¿Pero dice usted que es hija de mi esposo? ¡Ah! Si eso fuera cierto le mataría.

Faus. (¡Caray!)

Gar. Calma y escuche, gran señora. Esa niña la tuvo su esposo cuando cumplía los dieciocho años. El pobre era un niño: no supo lo que hacía. Murió la madre y su esposo de usted envió la niña a un pueblo de la costa de Cartagena, donde se crió sana y robusta. Hace siete meses la trajo a Madrid, tomó para ella un piso de su misma casa para tenerla más cerca de su corazón y para justificar sus salidas nocturnas a casa de su hija, inventó esto de la academia.

Bien. (Qué pretencioso, y me dijo a mí... ¡Bah!)

Gar. Yo conocí a Clara y la amé, ella me amó; él se opuso a nuestro cariño y yo, frenético, loco, planeé esta venganza.

Faus. (Nada, que es Víctor Hugo a los cuarenta años.)

Sim. ¿Pero es posible, Dios mío?

Gar. Mi idea era casarme con ella, reunir unos cuartos y poner un estanco en el muelle de Cartagena.

Sim. ¿Pero no me engañará usted de nuevo?

Gar. Señora, ahora que don Fausto parece más tranquilo corroborará esta historia. (A Fausto.) Yo soy Mendizábal.

Faus. (Como en otro mundo.) ¡Mendizábal! ¡Odioso nombre! ¡Ah! ¿Eres tú el que quiere robarme mi tesoro? ¡No! ¡No será para ti!

Sim. ¿Qué oigo?

Faus. (Como antes.) Pero, ¡ah! ¡Sí!... Llévatela; que mi Simona de mi alma ignore siempre este devaneo de mi juventud. (Mirando al cielo.) ¡Simona! ¡Simona!... ¡Simona!... ¡Simona!...

Sim. (Muy amorosa.) ¡Qué!...

Faus. ¡Perdóname!

Sim. Sí; te perdono, Fausto mío. Anda, vámonos a casa y mañana saldremos para nuestra quinta de Getafe, donde el aire y el sol te repondrán.

Faus. Sí, a Getafe, a Getafe.

Sim. Un ruego, Faustito: a tu hija la adora un hombre. Nuestra tranquilidad será absoluta cuando esa criatura tenga el amparo de un esposo amante. Da tu consentimiento para la boda que yo daré para el estanco.

Faus. ¡Qué rica eres! ¡Que se unan!

Sim. Ya lo ha oído, señor Mendizábal.

Gar. Señora, le debo a usted mi felicidad y usted me debe cuatro mil pesetas para montar la expendeduría.

Sim. Se las remitiré a domicilio.

Gar. Caracas, ocho. ¡Ah! Qué felicidad. ¡Clarita mía! ¡El estanco nuestro! ¡Yo salto de gozo! ¡Cartagena! .. ¡El muelle! Repito que salto. ¡Gracias! Gracias a todos. (Me parece una tontería dejar aquí estos jamones.) (Coge las alforjas y se las echa al hombro.) Adiós, señora. Caracas, ocho. Nuevas gracias. Muy de todos. (Se va por el foro.)

Sim. Vámonos, Faustito, vámonos.

Faus. Mi cerebro arde. No coordino.

Sim. ¡¡Y yo que he dudado de este ángel!! (Juntando sus manos.) ¡Santa Justa bendita!... Que mi esposo recobre la razón y yo te prometo ir de rodillas desde mi casa hasta el Cerro de los Angeles, aunque me muera.

Faus. (Lo hace y se muere. Dentro de un mes me voy a Cartagena y me fumo el estanco.)

FIN DE LA OBRA

Obras de Enrique García Álvarez

Apuntes al lápiz.
Al toque de ánimas.
La trompa de caza. (2.ª edición.)
Salomón.
La candelada.
El señor Pérez.
El niño de Jerez.
Figuras del natural (revista.)
El gran Visir.
La casa de las comadres.
Los diablos rojos.
Todo está muy malo! (2.ª edic.)
Las escopetas.
La zíngara.
La marcha de Cádiz (13.ª edic.)
Sombras chinescas.
Los cocineros (4.ª edición.)
El arco iris. (2.ª edición.)
Los rancheros (3.ª edición.)
Historia natural.
El fin de Rocambole.
Las figuras de cera.
Churro Bragas (parodia) (3.ª edic.)
Alta mar (4.ª edición.)
Concurso universal.
Los Presupuestos de Ex-Villapierde (6.ª edición.)
La alegría de la Huerta (10 edic.)
El Mississipí (2.ª edición.
La luna de miel (2.ª edición.)
Las venecianas.
Los gitanos.
La torta de Reyes.
Los niños llorones (3.ª edición.)
La boda. (Letra y música.)
La muerte de Agripina.
La cuarta del primero. (Letra y música.)
El terrible Pérez (4.ª edición.)
El famoso Colirón.
El pícaro mundo. (2.ª edición.)
La primera verbena.
¡Pobre España!
Congreso feminista.
El palco de Real.
El pobre Valbuena (6.ª edición.)
El perro chico. (4.ª edición.)
La reja de la Dolores. (3.ª edic.)
El iluso Cañizares. (3.ª edición.)
El ratón. (3.ª edición.)
El pollo Tejada. (3.ª edición.)
El noble amigo. (2.ª edición.)
El distinguido Sportsman.
La edad de hierro. (Letra y música.)
La gente seria.
La suerte loca.
Alma de Dios. (4.ª edición.)
Hasta la vuelta.
El hurón.
Felipe segundo.
La comisaría. (Reformada.) (Letra y música.)
El método Górritz. (3.ª edición.)
Mi papá. (2.ª edición.)

La primera conquista.
El amo de la calle. (Música.)
Genio y figura. (2.ª edición.)
El trust de los Tenorios.
Gente menuda.
El género alegre. (Música.)
El príncipe Casto.
El fresco de Goya. (2.ª edición.)
El cuarteto Pons.
Las cacatúas.
El bueno de Guzmán. (Letra y música.)
La catástrofe de Burgos.
Ideal festín. (Música.)
La Corte de Risalia.
El maestro Vals. (Letra y música.)
Los chicos de Lacalle.
El alma de Garibay.
La Venus de piedra. (Letra y música.)
Fúcar XXI. (Letra y música.)
Pastor y Borrego.
La niña de las planchas.
Las vírgenes paganas.
La frescura de Lafuente. (2.ª edición.)
La casa de los crímenes.
La Remolino.
La escala de Milán.
La conferencia de Algeciras
El verdugo de Sevilla. (2.ª edic.)
El último Bravo. (2.ª edición.)
La locura de Madrid.

Obras de Pedro Muñoz Seca

Las guerreras, juguete cómico-lírico. Música del maestro Manuel del Castillo
El contrabando, sainete. (Décima edición).
De balcón á balcón, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Manolo el afilador, sainete en tres cuadros. Música de los maestros Barrera y Gay.
El contrabando, sainete lírico. Música de los maestros José Serrano y José Fernández Pacheco. (Sexta edición.)
La casa de la juerga, sainete lírico en tres cuadros. Música de los maestros Quinito Valverde y Juan Gay.
El triunfo de Venus, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música del maestro Ruperto Chapí.
Una lectura, entremés en prosa.
Celos, entremés en prosa. (Segunda edición.)
Las tres cosas de Jerez, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Amadeo Vives.
El lagar, zarzuela en tres cuadros. Música de los maestros Guervós y Carbonell.
A prima fija, entremés en prosa.
El niño de San Antonio, sainete lírico en tres cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Floriana, juguete cómico en cuatro actos, adaptado del francés.
Los apuros de Don Cleto, juguete cómico en un acto.
Mentir á tiempo, entremés en prosa.
El naranjal, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
Don Pedro el Cruel, zarzuela cómica en un acto y un solo cuadro. Música del maestro Saco del Valle.
El fotógrafo, juguete cómico en un acto.
El jilguerillo de los Parrales, sainete en un acto.
La neurastenia de Satanás, zarzuela cómica en cinco cuadros. Música de los maestros Saco del Valle y Foglietti.
Mari-Nieves, zarzuela en cuatro cuadros. Música del maestro Saco del Valle.
Tentaruja y Compañía, pasillo con música del maestro Roberto Ortelis.
¡Por peteneras!, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja. (Segunda edición.)
La canción húngara, opereta en cinco cuadros. Música del maestro Pablo Luna.

La mujer romántica, opereta en tres actos, adaptación española.
El medio ambiente, comedia en dos actos.
Coba fina, sainete en un acto. (Segunda edición.)
Las cosas de la vida, juguete cómico en dos actos. (Segunda edición.)
La nicotina, sainete en prosa.
Trampa y cartón, juguete cómico en dos actos. (Tercera edición.)
La cucaña de Solarillo, zarzuela en un acto. Música del maestro Pablo Luna.
El modelo de Virtudes, juguete cómico en dos actos.
López de Coria, juguete cómico en dos actos.
El bien público, sátira en dos actos.
El milagro del santo, entremés en prosa.
El incendio de Roma, juguete cómico con música del maestro Barrera.
El Pajarito, comedia en dos actos.
El paño de lágrimas, juguete cómico en tres actos.
Fúcar XXI, disparate cómico en dos actos.
Pastor y Borrego, juguete cómico en dos actos.
La niña de las planchas, entremés lírico.
Cachivache, sainete lírico. Música del maestro Rafael Calleja.
Naide es na, sainete en un acto y tres cuadros. Música del maestro Taboada Steger.
El roble de «la Jarosa», comedia en tres actos.
La frescura de Lafuente, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La casa de los crímenes, juguete cómico en un acto.
La perla ambarina, juguete cómico en dos actos.
La Remolino, sainete en un acto.
Lolita Tenorio, comedia en dos actos.
Los que fueron, entremés en prosa.
La escala de Milán, apropósito.
La conferencia de Algeciras, apropósito.
El verdugo de Sevilla, casi sainete en tres actos y en prosa. (Segunda edición.)
Doña María Coronel, comedia en dos actos. (Segunda edición.)
El Príncipe Juanón, comedia dramática en tres actos y prosa.
El último Bravo, juguete cómico en tres actos. (Segunda edición.)
La locura de Madrid, juguete cómico en dos actos.

PRECIO: [illegible] PESETAS

50 POR 100 DE DESCUENTO